



Ramatis

La Vida Humana y el Espíritu Inmortal

© 2018 – Instituto Hercílio Maes Ramatís
www.institutohercilioaes.com.br

La Vida Humana y el Espíritu Inmortal

A Vida Humana e o Espírito Imortal

Ramatís / Hercílio Maes (1913-1993)

Traducción: Manuel Valverde

Se hallan reservados todos los derechos. Sin autorización escrita del editor, queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio mecánico, electrónico y/u otro- y su distribución mediante alquiler o préstamo públicos.

Título del original en portugués: *A Vida Humana e o Espírito Imortal* ediciones en castellano: Instituto Hercílio Maes:

www.institutohercilioaes.com.br

ISBN: 978-85-941142-2-8



Ramatis

La Vida Humana y el Espíritu Inmortal

Psicografiada por
Dr. Hercílio Maes
Versión española de
Manuel Valverde

1ª edición
2017



Otras obras de Ramatís / Hercílio Maes

- La Vida en el Planeta Marte y los Discos Voladores
 - Mensajes del Astral
- La Vida más allá de la Sepultura
- La Sobrevivencia del Espíritu
 - Fisiología del Alma
 - Mediumnismo
 - Mediumnidad de Cura
 - El Sublime Peregrino
- Esclarecimientos del Más Allá
 - La Misión del Espiritismo
 - Magia de Redención
- La Vida Humana y el Espíritu Inmortal
 - El Evangelio a la Luz del Cosmos
 - Bajo la Luz del Espiritismo
 - Sembrando y Recogiendo
 - Ramatís una Propuesta de Luz

A LOS AMIGOS:

AMAROY GISELDA FERREIRA DA LUZ

Mi gratitud por los hermosos y placenteros momentos de entretenimiento espiritual que usufructuaron nuestros espíritus al desprenderse de las ligaduras carnales y reencontrarse con la suprema belleza de la vida real.

Hercilio Maes

Index

Palabras del médium.....	9
Prefacio.....	11
Capítulo I: Problemas de la infancia	15
Capítulo II: Problemas de la familia	44
Capítulo III: Problemas de la limitación de los hijos	71
Capítulo IV: Problemas de la alimentación	109
Capítulo V: Problemas del trabajo	147
Capítulo VI: Problemas de los idiomas	165
Capítulo VII: Problemas de los gobiernos	184
Capítulo VIII: Problemas del vicio de fumar	222
Capítulo IX: El problema del vicio de beber	249
Capítulo X: Problemas de la religión	278
Capítulo XI: Problemas futuros del Brasil	321

PALABRAS DEL MÉDIUM

Estimados lectores:

La presente obra intitulada *La Vida Humana y el Espíritu Inmortal* transmitida por Ramatís a través de mi mediumnidad, es un trabajo psicográfico que además de exponer nuevos temas, reactiva otros, que fueron expuestos en obras anteriores. Ramatís insiste en exponer, desde varios puntos distintos, algunos asuntos que expusiera en otras oportunidades, advirtiéndonos, que el hombre tiene una “memoria débil”, por lo cual, debe reactivar sus conocimientos. Algunos de los temas tratados, como es el “vicio de fumar” y el “vicio de beber”, fueron reajustados con la intención de mejorar los conceptos anteriores. Los “vasos vivientes”, los “fumadores crónicos” fueron advertidos del gran peligro que entraña la sumisión incondicional a los espíritus viciados de las sombras, que ambulan sin cuerpo físico sobre la superficie del orbe, como verdaderos vampiros que explotan el vicio de los imprudentes encarnados.

Respecto a los demás temas, Ramatís analiza e ilustra al hombre sobre la conducta apropiada, para alcanzar a la brevedad, su propia felicidad. Finalmente, en un capítulo muy corto, expone consideraciones sobre el Brasil, enfocando algunos problemas de la actualidad, inclusive, lo que respecta al futuro presidente de la República, que además de ser un excelente administrador, será un instructor espiritual.

Al término de estas sencillas palabras, insisto en recordar a los amigos lectores que Ramatís, en su eclecticismo y genero-

idad, explica y conmueve, esclarece y evangeliza. La totalidad de su obra converge incondicionalmente hacia la terapéutica del Evangelio del Cristo, .puesto que él considera como única solución para aliviar el sufrimiento y la desventura que padece la humanidad.

Curitiba, Febrero 2 de 1970

Hercilio Maes

PREFACIO

Lectores y amigos:

Me parece que la “bebida” de las letras también embriaga al espíritu, aunque haya abandonado la superficie terráquea. Cuando me levanté de la tumba, me sorprendí al verme vivo, pero sin asustarme por la inesperada promoción, de ser un nuevo fantasma. Y, luego que fui percibiendo las cosas en su exacta dimensión, me propuse cambiar de criterio. La diferencia entre lo definitivo y transitorio era enorme, como así también, lo es la vanidad y la simplicidad, la humildad y el orgullo, la sabiduría y la ignorancia, la paz del espíritu y la conturbación que producen las cosas mundanas. Entonces, me propuse no escribir más, aunque pudiera hacer uso de alguna pluma viva, llamada médium. Cuando vivía físicamente no me satisfacían el talento ni las letras; ahora, siendo difunto, entonces me sería mucho peor. De a poco se me fue enfriando el entusiasmo de ser un repórter desincorporado, que debía transmitir algunos hechos que fueron vividos en los charcos abismales por algunos colegas, que habiendo sido imprudentes se colocaron en desajustada situación espiritual. Eran escenas, tan trágicas y torturantes, que el respetable Consejero Acacio hubiera dicho: “Merecían la pluma de un Dante para ser descritas.” A pesar de todo este entrevero no me quejo, pero he aquí, que recibo una orden sideral del siguiente tenor:

“Al espíritu de J. T. se le ordena prologar la obra *La Vida Humana y el Espíritu Inmortal*, de Ramatís.

Se rechaza toda disposición contraria a lo ordenado”.

Siendo un inmortal con muy pocas perspectivas para tomar

decisiones propias, cual soldado raso bajo la orden imperiosa, no me queda otro recurso que echar mano a la mediumnidad de Hercilio, y en este sencillo prefacio, ponerme a citar algunas cosas oportunas, como así también los problemas de otros y míos propios.

De esta forma, reveo mis propios problemas, catalizados por los planteos evocados por Ramatís. ¿Problemas de la infancia? Los tuve desde cuando vestía la ropa de niño hasta la época de mi don quijotesco donde intentaba amenazar al mundo con la pluma en forma de lanza, reforzado con las “farpas” (lanzas) de Ortigao.^[1] ¿Problemas de familia? Fueron sueños que rodaron por la “cascada de la desilusión”; deshechos por los atroces dolores, ante el “jamás” estampado en la fría máscara del ente querido, que formalmente es despedido para el frío cementerio.^[2] ¿Problemas de trabajo? Fue una ecuación simple, pero siempre costosa; el asalariado siempre discutiendo con el patrón, que negociaba su posible quiebra, mientras que por otra parte especulaba con los bienes adquiridos bajo el lema “el tiempo es dinero”, como así también, la desesperación por comerciar algunas “¡cosas salvadas del incendio!”^[3]

¿Problemas de los gobiernos? Reciban el consejo de un desencarnado; ¡nunca pasen la mano contra pelo de los incorruptos salvadores de la patria... ajena! ¡Que lo diga un judío errante! ¿Problemas de religión? Yo pensaba, definitivamente, ¿qué somos? ¿Somos pasajeros de un convoy católico, bajo la dirección infalible del papado? ¿Peregrinos del “tren de los Profetas”, conducido por un hábil pastor protestante? ¡Ah! Había, también, la doctrina espirita que me preocupaba con la Ley del Karma y la lógica de la Ley de la Reencarnación.

Vacilaba en mis decisiones, unas veces me aproximé al melodramático y confeso espirita C. N., para luego volver rengueando a mi antiguo desvío. H. C, en sus trincheras de sacos de agua caliente, se lamentaba a la “sombra de los que sufren”,

[1] José Duarte Bemalho Ortigao fue escritor y crítico portugués (1836- 1915). Juntamente con Eça de Queiroz, dirigió la Revista *Farpas*, siendo notable estilista y temido ironizador.

[2] Nota del Médiun: Tengo la impresión, que el autor evoca algo de aquella cadencia mórbida e implacable del cuento *El Cuervo*, de Edgar Allan Poe.

[3] Probablemente, quien conoció la vida del autor comprende a lo que él quiere referirse cuando usa la frase “judío errante” y “cosas salvadas del incendio”.

conmovido y reconfortado ante una acertada receta de los “de-sencarnados”; le faltaba sólo un chiquito para “espiritualizarse”, cuando comenzaron a desmoronarse sus trincheras y su espíritu se escabulló para el Más Allá. En esa época, M. A. hacía mediumnismo disfrazado de hipnosis y sugestión. A. G. en 1939, sin ironía y sumamente serio, expuso ante los periodistas haber reconocido los estilos de H. C. y A. A., conforme explica, de la siguiente forma: “El médium Francisco Xavier recibió y escribió aceleradamente, de mí, lo que yo dejé firmado. Lo cierto es, que como crítico literario, no pude dejar de impresionarme con todo aquello que existe de los pensamientos y del estilo de aquellos dos autores patricios, en los versos de uno y en la prosa del otro.”

Partí de la tierra sin los trágicos melodramas; en vísperas del hecho, avisé a mis conocidos, diciéndoles que su visita prometida para el día siguiente debería ser con un ramo de flores, puesto que yo me encontraría hecho cadáver, conforme sucedió. La “Parca” llegó a la madrugada; no quería escándalos, apenas esperaba el espasmo vascular para romper las proverbiales ligaduras carnales. Mas os puedo asegurar, que no existió ningún abismo entre el que era en la tierra, moviendo un complejo cosmos de células y el fantasmagórico e invisible espíritu del mundo del más allá. Sorprendido, observé que la muerte es un simple cambio de apartamiento, en donde se quita uno el sobretodo sudoroso de la carne, para colocarse un delicado y suave traje tropical de “nylon”, de inusitada transparencia. Convencido que, en el plano de fondo de mi conciencia, también vibraba Dios en su plenitud cósmica, me sentí un tanto aliviado de las burradas cometidas en la vida física, en la creencia de que Dios también hubiera compartido mi parecer, un tanto precario...

Cuando estaba en la tierra, me extrañaba la metamorfosis de Dios progresando conforme a lo que el consenso humano interpretaba; Tupa, irascible y vengativo, evolucionó para alcanzar el grado de Jehová, racista y odioso; de Jehová surgió el tranquilo y bondadoso viejito, de larga barba, sonriente y dirigiendo el Paraíso Celeste y distribuidor de “gracias” a sus devotos, pero castigando, con los braseros y calderos de azufre a los renegados, a la dietética de hostias y agua bendita. Finalmente,

surgen los espiritistas difundiendo una nueva transformación, que consiste en Dios redimido y realizado de sus vidas anteriores; era la Inteligencia Suprema que accionaba a la distancia dejando que los hombres tuvieran algunas iniciativas personales.

Desistí de la obstinación de los “vivos” de querer “probar” a los “muertos”; me fue imposible ver lo “invisible” y por consecuencia, comprender lo que es “incomprensible”. Si yo consiguiera probar a Dios, seguramente que sería otro Dios, esperando, a su vez, que yo también fuera probado. Entonces me decidí a buscar dentro de mí mismo lo que no podía encontrar por el lado de afuera, ¡el Espíritu! Y, si yo mismo no tenía la seguridad de que existía, ¿cómo quería que otros lo probasen?

J.T.^[4]

[4] Nota del Médium: Cierta noche de desdoblamiento, recuerdo haber combinado con J. T., a pesar de sus resistencia de no querer prologar la presente obra, aunque más no fuera que de un modo personal, y a cuenta de una especie de entrenamiento para el futuro. Me siento bastante armonizado con J. T., de quien he leído algunas obras y cuyo espíritu admiro por su extraordinaria sinceridad, valor y capacidad, que demostró a través de su vida terrena. A pesar de algunos lectores sospechar de su verdadera identidad, me cabe el conservarlo en el anonimato, para evitar complicaciones con su familia terrícola.

CAPÍTULO I PROBLEMAS DE LA INFANCIA

Pregunta: ¿Qué nos podéis decir sobre el período de la infancia con respecto al espíritu encarnado en la tierra?

Ramatís: El espíritu, en verdad, se encarna; no nace, no crece, no envejece y no muere con respecto a la carne. Es una centella cósmica de la Llama Creadora, que es Dios; por lo tanto, no renace ni es destruido. El ego espiritual desciende vibratorialmente al mundo carnal para desenvolver la conciencia y tener noción de sí mismo, pasando a existir como entidad emancipada, pero subordinada a las leyes del Creador, pues, aunque sea un espíritu eterno y disponga de su libre albedrío, jamás se aísla del Todo. Su autoconocimiento lo adquiere mediante las deducciones de su mundo interior, que es la resultante de su contacto con el mundo exterior.

Por eso, el espíritu del hombre no vive los períodos de la infancia, juventud y vejez, tal como sucede con el cuerpo físico. Nacer, crecer, envejecer y morir son simples etapas restringidas sobre la concepción del tiempo y el espacio que media entre la cuna y la tumba. El espíritu se manifiesta temporariamente por medio de su equipo de carne, nervios y huesos, que es su instrumento de trabajo en el aprendizaje concienzal en el ambiente del planeta.

Como Dios es el paño de fondo de la conciencia de todos los hombres, jamás el espíritu humano se desvincula de la Conciencia Cósmica que lo originó y le garantiza su existencia. En sus múltiples existencias físicas aprende el concepto del pecado y la virtud, del bien y del mal, de la salud y de la enfermedad, de

lo cierto y lo errado, de lo inferior y lo superior, de lo puro y lo impuro, que de esa forma se prepara para apresurar los valores divinos latentes en sí mismo.

En consecuencia, el período de la infancia física del hombre es una etapa transitoria, en donde el espíritu se manifiesta algo reducido en su capacidad adquirida en otras vidas pasadas. Su acción se amplía por la comunicación, que se acentúa en lo racional y consciente, como así también en equivalencia con el crecimiento de su cuerpo. Diríamos que el espíritu no nace en la tierra, pero sí después de la hipnosis a que es sometido en el Espacio, antes de encarnar, por lo cual su manifestación posterior en la tierra ha de ser tan clara y consciente como sea la capacidad y sensibilidad de su equipo carnal con relación al medio material.

Pregunta: ¿Nos podéis explicar, con más precisión, esa diferencia entre la infancia del hombre carnal y su condición espiritual?

Ramatís: Para habitar en la carne, el espíritu debe reducir su periespíritu o envoltura espiritual, que le da la configuración humana, hasta alcanzar la forma de un “feto” periespiritual, es decir, la condición “pre infantil”, que ha de permitirle el “encaje” en el útero periespiritual de la futura madre encarnada, en la contraparte imponderable del útero físico.

No se trata de su reducción en la facultad mental o capacidad astralina, que fue desenvuelta en cursos anteriores de su programática evolutiva. Queda temporariamente restringido en su libertad de acción durante el período, podríamos decir, de encogimiento periespiritual, colocado en el vientre materno, donde debe materializarse para actuar en el ambiente físico. El espermatozoide, en su recorrida instintiva en dirección al ovario, es un detonador psíquico, especie de “eslabón” o “conmutador automático”, que en su esencia ectoplásmica funciona ligando el mundo astral con el físico. Es un microorganismo constituido por un gran porcentaje de “éter físico” del orbe terráqueo, el que desata las energías creadoras en ese lugar oculto de la vida y unifica las fuerzas del espíritu con el campo físico de la carne. Después, el molde periespiritual del encarnante, situado en el

útero de la mujer, incorpora gradualmente las sustancias físicas impuestas por el automatismo atómico y la contextura molecular propia de la tierra.^[5]

Pregunta: ¿Cuál es la comprobación, en el mundo físico, por la cual se pueda interpretar que el hombre es un producto del desenvolvimiento de su periespíritu preexistente al cuerpo físico, en vez de ser un factor hereditario de la genética humana?

Ramatís: Después que el espíritu se somete en el Espacio al proceso “sui generis” de reducirse vibratoriamente, o supuestamente, encoger su periespíritu hasta alcanzar la forma fetal apropiada para caber en el vientre periespiritual de la futura madre encarnada, permanece allí hasta incorporar y absorber las energías que se condensan desde el mundo físico y que luego conforman el cuerpo carnal. Ese proceso sucede durante los meses de gestación materna, a través de las diversas etapas evolutivas, hasta configurarse en el aspecto humano a los siete meses.

Por eso, en vez de nacer el espíritu en la tierra, se despoja poco a poco de sus formas hasta retornar a su conformación peculiar primitiva y “pre encarnatoria”, aunque modificada por los trazos morfológicos de la nueva ancestralidad biológica. En verdad, el hombre crece en apariencia corporal, puesto que apenas despierta, hasta lograr la forma humana periespiritual, que ya existía en el Espacio antes de encarnar en el vientre femenino. La figura adulta del hombre, que se manifiesta en el mundo físico, apenas revela el *límite* de la configuración periespiritual adquirida en las variadas vidas del pasado. Diríamos que el espíritu trae desde el más allá su *molde invisible*, al cual se reduce en el útero y se rellena de sustancia física hasta el límite, lo que le impide crecer ininterrumpidamente en todos los sentidos, caso contrario, si el hombre a los veinte años de edad tiene un metro y sesenta de altura, a los cuarenta años

[5] Nota de Ramatís: No existe una encarnación o desencarnación absolutamente igual, cuyo acontecimiento depende, fundamentalmente, de la especificidad magnética y del desenvolvimiento psíquico del espíritu encarnante o desencarnante. Hay casos, en que los técnicos siderales esperan primero la cúpula humana, para luego procesar la reducción periespiritual del encarnante hasta alcanzar la forma fetal. En los casos de espíritus primarios, que deben encarnar instintivamente atraídos por la fuerza de la carne, la reducción del periespíritu se hace con bastante anticipación a la cúpula, para ligarla después del acto físico.

debería alcanzar 3,20 y así, proporcionalmente, según fuera, la edad transcurrida. Sin embargo, debido a la matriz, molde o “cartucho” periespiritual preexistente a la formación del cuerpo carnal, el hombre no sobrepasa en la materia la estatura que le es propia a su periespíritu y que tenía antes de nacer.

Pregunta: ¿Nos podéis citar algunos ejemplos probatorios de esa reducción vibratoria del periespíritu y que después de yuxtaponerse al vientre materno, se va conformando con la sustancia física del mundo, pero que no traspone su configuración prenatal?

Ramatís: Un ejemplo sencillo lo tenéis con los globos de goma o plástico, que cuando son inflados con gas demuestran las más variadas y gigantescas figuras, que tanto divierten a los niños. Cuando se les deja escapar el gas, se reducen a una figura muy pequeña, aunque en esa reducción conserven las características fundamentales de su anterior configuración peculiar. Supongamos que el periespíritu del hombre sea algo similar a las figuras citadas anteriormente, él también precisa ser reducido en su conformación peculiar en el más allá, a fin de poder encajar en el útero periespiritual de la mujer. Aunque el periespíritu del encarnante sea invisible y se ajusté al vaso materno de la mujer gestante, sin embargo se irá desarrollando a medida que absorbe la sustancia física, tal como sucede con los globos de plástico, cuando se les inyecta gas paulatinamente.^[6] Después de la gestación física en el vientre de la mujer, la criatura nace o surge en el mundo físico, cumpliendo apenas con la materialización de su periespíritu reducido anteriormente en el Espacio. Después del corte umbilical, el espíritu continúa desarrollando su periespíritu hasta el límite trazado por su propia contextura individual.

Pregunta: ¿Queréis decir que el recién nacido es un ego espiritual, que desenvuelve su periespíritu, reducido en el Es-

[6] Nota del Médiun: Cierta vez, en un momento de videncia etereofísica, percibí a través del abdomen de la señora M. T. S., conocida nuestra, la configuración de un feto periespiritual en su vientre y le predije el nacimiento de un nuevo hijo. La hermana protestó, puesto que no sentía los síntomas gestativos, y por lo tanto, no creía en mi predicción. Ocho meses más tarde, nació el tercer hijo, hoy un jovencito de 14 años de edad y que yo vi en aquella oportunidad como una configuración periespiritual, procesándose en su materialización a la luz del mundo.

pacio hasta la forma “pre infantil”, no es verdad?

Ramatís: Repetimos; el espíritu no nace, no crece ni muere. Despierta gradualmente de su envoltura fetal, encajado en el vientre materno, hasta alcanzar su configuración primitiva, que poseía antes de encarnar. Cada existencia humana es una nueva manifestación del espíritu a través del cuerpo físico, tangible en la materia. Así como sucede con la luz, que se proyecta conforme sea la capacidad de la lámpara, el espíritu encarnado también se manifiesta con más autenticidad a medida que desarrolla su cuerpo físico. En consecuencia, existe una gran diferencia entre las acciones o manifestaciones del espíritu, cuando lo hace por medio del organismo carnal infantil, en comparación a lo que puede realizar siendo adulto.

La naturaleza gradúa proporcionalmente el despertar del espíritu en su instrumento de carne, por medio de etapas conciliadoras y conocidas como infancia, juventud, madurez y vejez. Pero así como pelagra la vida de la modesta lamparilla eléctrica ante la carga de alto voltaje, los raciocinios incommunes y emociones exaltadas del espíritu encarnado, pueden afectar la cohesión molecular del cuerpo, la red enzimática y desarmonizar las colectividades microbianas, siempre que esa operación ultrapase la resistencia y capacidad normal. Por eso, la Sabiduría del psiquismo creó la glándula timo, que frena el crecimiento orgánico prematuro, evitando una acción demasiado violenta sobre el cerebro, todavía en formación. El desarrollo precipitado y orgánicamente frágil daría oportunidad para que el espíritu accionara en su plenitud espiritual, pero de esa forma emplearía, por así decir, un elevado voltaje sideral, que sería capaz de quemar las neuronas y la red cerebral.

La previsor y reguladora glándula del timo impide que el espíritu encarnado manifieste de golpe todo su potencial psíquico antes de los siete años y más allá de su resistencia como equipo carnal, en crecimiento. El timo, además de su función controladora del exceso psíquico sobre el cuerpo inmaduro, frena los estímulos excesivos que fluyen del periespíritu hacia el “doble etérico”^[7] que también se encuentra en la fase de su

[7] Doble Etérico, cuerpo formado de éter físico, que media entre el periespíritu y el cuerpo físico y que existe solamente durante la encarnación física y se disocia después de unos 3 ó 4 días de la muerte carnal.

desarrollo y absorción del “éter físico” del medio terrestre. De ahí parte el aforismo que la criatura es inocente hasta los siete años de edad, pues todavía no asume la responsabilidad total del organismo y que aún está bajo el control técnico del mundo espiritual. La máquina carnal hasta los siete años se encuentra en la etapa de experimentación y reajuste, a fin de encaminarse, en el futuro, con el equilibrio que su dueño le reclame.

Por eso, desde el nacimiento hasta esa edad física y ante la imposibilidad del espíritu de accionar a plenitud, es que el instinto animal ejerce su fuerza creadora y trata de imponer su ascendencia vigorosa y primaria. Se establece una lucha reñida entre el principio espiritual superior y las tendencias inferiores del mundo físico. Por tal causa, es que los padres deben ejercer rigurosa vigilancia en los niños hasta los siete años, extirpándoles enérgicamente las malas costumbres, impulsos dañinos, intentos autoritarios y todo aquello que pueda producir una estigmatización y que en el futuro pueda crear una barrera intraspasable para la corrección espiritual.

Las criaturas no deben ser estimuladas ni aceptadas sus reacciones e irascibilidades censurables, puesto que su espíritu domina con más rapidez los instintos primarios, si la corrección es oportuna y saludable, por lo cual, los padres deben exceptuarse de cualquier “sentimentalismo” y no confundirlo a cuenta de la “precocidad”. Los padres para educar no deben llegar a los extremos de la crueldad a fin de no debilitar su autoridad, evitando que la rebeldía e indisciplina se posesione de sus hijos.

Los hijos deben criarse con amor, sin dejarlos actuar libremente por el solo hecho de ser “graciosos”. A fin de formarles un carácter nítidamente estoico y leal, los padres deben fortificarlos desde la infancia y solucionarles sus culpas, sin llegar al culto exagerado de la personalidad humana. Es demasiado peligroso, para los padres sentimentales, que su hijo siempre tenga razón, mientras que las pequeñeces de la hija del vecino sean censuradas. Las contrariedades de la infancia fortifican el temperamento de la criatura, para que, más tarde, pueda enfrentar las desventuras de la vida humana. Si son mimadas y apoyadas en todos sus caprichos, más tarde esos jóvenes vivirán en eternos conflictos con sus relaciones y también con la sociedad.